

escritura de la muerte haría presente lo ausente y fundiría los contrarios. Pero el punto final de la poética de Pizarnik vuelve a incurrir en una nueva aporía, ya que, en el mismo momento de ser nombrada, la muerte no se hace efectiva. La muerte real es la gran ausente del poema sobre la muerte. Añadamos nosotros que la poesía, incluso en términos tan nihilistas como los de la Pizarnik, puede verse como una celebración de la vida.

Es verdad que la muerte prematura de Alejandra pareciera poner un broche trágico a este denso itinerario ontológico y poético. Sin embargo, no es el hecho luctuoso lo que ha hecho grande a la poeta, sino un largo y sofisticado entramado de ideas e imágenes examinados por Carolina Depetris con extraordinaria clarividencia. La aportación fundamental de su estudio, el más serio y profundo que existe sobre Pizarnik, reside en transmitimos la condición trágica del hecho poético desde unos presupuestos estéticos enraizados en la modernidad.

Victoria Ocampo. De la búsqueda al conflicto, *Cristina Viñuela, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 2005.*

El interés por la obra de Victoria Ocampo está impulsando una

atención creciente en los últimos tiempos que se acompasa, por fin, con su valor real. Más aún: si la importancia de una trayectoria intelectual se mide por la diversidad de lecturas que genera, sin duda estamos ante un caso de inexcusable trascendencia. Sin embargo, podemos detectar un factor común a la mayoría de las monografías más importantes. Me refiero a la dificultad de permanecer en una posición relativamente neutral ante la personalidad, la clase social o la ideología de Victoria. Este libro reciente no es una excepción.

Vaya por delante que no me parece descalificable una actitud personal por parte del estudioso, y menos aún cuando tratamos con una ensayista tan vigorosa y han pasado felizmente los tiempos del estructuralismo cientifista. Por otra parte, al libro de Viñuela no le falta rigor, tal y como se demuestra por su amplio conocimiento de los textos de Victoria Ocampo y por el tono de la exposición, claro y ordenado. Eso sí, quizá la estructura recuerda de forma demasiado diáfana a la de una tesis doctoral, lo que conduce a un exceso de redundancias expresivas y, lo que resulta más fatigoso, de contenidos. El corpus del trabajo se concentra en torno a la *Autobiografía*, los *Testimonios* y, en menor medida, las cartas de

Victoria Ocampo. En definitiva, la literatura autobiográfica o «egotista», como suele designarse en el libro. Por lo demás, aquí se hace gala de un sobresaliente conocimiento del género en la Argentina, lo que le permite interesantes cotejos de la autora principal con otras figuras como Juana Manuela Gorriti o Delfina Bunge. Ahora que ya se conocen otros (como el excelente realizado por Molloy entre Norali Lange y Victoria), quizá sea el momento de escribir el libro sobre la autobiografía femenina en Argentina.

No obstante, la tesis central de libro es otra. Enfrentándose a algunas de las interpretaciones más divulgadas sobre el proceso de escritura en la Ocampo, Viñuela sostiene que es posible encontrar un *etymon*, una raíz originaria de la literatura egotista en la búsqueda de autoconocimiento. «Para Victoria Ocampo leer es mucho más que enterarse de algo nuevo referido al mundo o a otros, y que se incorpora al bagaje de los propios conocimientos y experiencias. Es, además, descubrir ideas o sentimientos ya existentes que estaban escondidos o apenas desarrollados en el fondo de sí misma» (87). Éste es sin duda el aspecto más importante y atractivo del enfoque propuesto por Viñuela. A lo largo de su exposición abundantemente sostenida por los textos, se va dibujando la «búsqueda»

del amor como intención motriz a partir de la cual se explican otras búsquedas: el espacio literario para la mujer, los puentes culturales, el drama interior, o la lucha por la expresión. El último capítulo, dedicado a la *Autobiografía*, distingue entre el amor-pasión y amor-ambición (distinción original de Ocampo para referirse a ella misma) y los distribuye entre las principales preocupaciones de la ensayista.

En mi opinión, algunos comentarios parciales son muy matizables, como cuando se declara que Victoria «no concebía poder inventar un personaje literario; su escritura sólo podría ser su yo sin disfraz alguno» (86). El escritor, por muy autobiográfico que sea, vuelca siempre un mínimo grado de ficcionalización en su escritura. Lo contrario es suponer una falacia intencional de corte romántico que parece muy difícil de aceptar hoy en día. Sin embargo, el punto más discutible se encuentra en la formulación del conflicto final que, según la autora, queda sin resolver. En efecto, a la «búsqueda» sigue el «conflicto», porque «no se ha profundizado en la búsqueda de la verdad» (236), de un amor trascendente que no se quede en el amor-ambición o el amor-pasión. Sin duda éste es un punto de vista valiente y controvertido. Quisiera anotar, sin embargo, que en el capítulo dedicado al *etymon* de los *Testimonios*, Victoria parece haber

encontrado una raíz espiritual en Oriente, en la figura de Gandhi. Los textos de la escritora argentina son entusiastas hasta la exageración. Sin embargo, en el estudio se percibe una fuerte dificultad en admitir que el conflicto se resolviera por esta vía, pese a no aducir un solo texto mínimamente escéptico de Ocampo (182-184). Es una lástima, en definitiva, que después de perfilada la «búsqueda», el «conflicto» se explique en demasiado poco espacio (227-229) y quede sin resolver por parte de la estudiosa.

De todos modos, *Victoria Ocampo. De la búsqueda al conflicto* contiene aportaciones sustanciales y necesarias que despejan estereotipos y prejuicios. Sólidamente construida, la tesis sobre la búsqueda de amor, de comunicación y de alumbramiento del yo, abre caminos a una comprensión mayor de la escritura autobiográfica de Victoria Ocampo.

Todos estábamos a la espera, Álvaro Cepeda Samudio, ed. de Jacques Gilard, Madrid, Cooperación editorial, 2005.

Álvaro Cepeda (1926-1972) fue uno de los integrantes, allá por los años cincuenta, del famoso grupo de Barranquilla, en el que

militaba un juvenil Gabriel García Márquez. Como el famoso Gabo era un apasionado del cine y se ganó la vida como periodista. Con él compartió entusiasmos y lecturas, pero nunca alcanzó el éxito mundial de su amigo. No le faltaban méritos, pero su escasa dedicación (un puñado de cuentos, además de una breve y hermosa novela, *La casa grande*), y una muerte prematura se lo impidieron. Hoy en día su nombre es conocido sobre todo en su país, Colombia.

Ahora se edita por primera vez en España su libro de relatos *Todos estábamos a la espera*, acompañado de un estudio esclarecedor a cargo de Jacques Gilard. Escritos entre 1949 y 1954, en la comparación con el García Márquez de aquella época (*Ojos de perro azul*, *La hojarasca*), nuestro Cepeda Samudio gana por goleada. Da la impresión de haber madurado más rápidamente en cuentos como «Vamos a matar gaticos» o «Hay que buscar a Regina» que son auténticas piezas maestras, literatura de primera categoría. Entre sus contemporáneos, sólo en el Rulfo de *El llano en llamas* encontraremos una eficacia superior con tan pocas palabras. Otras veces, una anécdota mínima –las observaciones de unos desocupados en un bar, por ejemplo– es el pretexto para la

meditación cargada de lirismo. Sin embargo, el punto débil de Cepeda está en que no puede disimular todavía su inexperiencia en todas sus historias. En algunos, sobre todo en los últimos del libro, parece estar tanteando con experimentos no siempre bien resueltos. La impresión de irregularidad es inevitable, algo que no sucede con Rulfo.

El autor pasó largas temporadas de su vida en Estados Unidos. Así pues, no se produce por casualidad la huella de los maestros norteamericanos del medio siglo: Faulkner, Caldwell, Capote o Saroyan. A éste último le rinde

un homenaje explícito en otro cuento, imbuido del optimismo existencial del autor de *La comedia humana*. Pero lo que caracteriza a las mejores páginas de Cepeda no reside tanto en su mensaje, a veces esperanzado, otras confuso, sino justamente en su concisa brillantez, en su economía de medios, como si siguiera al pie de la letra el consejo de su admirado Hemingway: «Escriba un cuento, tache la mitad de las palabras y, si se entiende algo, es que ha escrito usted un buen cuento».

Javier de Navascués